

5.º Es un error en los semipelagianos decir que Jesucristo ha muerto y derramado su sangre por todos los hombres.

El grito de guerra se había ya proclamado, y ochenta y cinco obispos firmaron una carta reclamando una decisión del papa. Después de un examen que las vacilaciones de Inocencio X prolongaron, condenó la primera proposición como temeraria, impía y hereje; la segunda y la tercera como herejes; la cuarta como falsa y hereje; la quinta como falsa, temeraria, escandalosa, impía, injuriosa y hereje. Ahora bien, aquel papa que declaraba no haber estudiado nunca teología, añadía enseñando el Cristo: *Este es mi consejero*. Acogió con grandes felicitaciones á los diputados que habían ido á sostener la causa de san Agustín, es decir, la de Jansenio, y les dió cuando se despidieron de él bendiciones é indulgencias. En fin, como le decían que según su modo de ver no había creído perjudicar con su decreto la doctrina de la gracia eficaz ni la de san Agustín: *¡Oh! eso es cierto*, contestó, palabras ambiguas como tantas otras de esta desgraciada cuestión, que se sostuvo constantemente con equívocos y sutilezas.

De todos modos se presentaba una cuestión particular, de que hubiera sido conveniente ocuparse antes que de ninguna otra. ¿Existen las cinco proposiciones en Jansenio? Muchas personas sostuvieron la negativa; otras muchas también la afirmativa; y la cuestión de derecho se encontró complicada con la de hecho. Nada parecía más sencillo que indicarlas con el dedo en la obra impresa; pero quién trata en las discusiones de elegir el camino más corto? Alejandro VII afirmaba haberlas leído con sus propios ojos; ahora bien, los jansenistas para no desmentir al papa suponían que los jesuitas habían hecho imprimir un ejemplar espresamente para él, ó que las habían intercalado. Luis XIV encargó al conde de Gramont probar la existencia de aquellas implacables herejías, y el cortesano cumplió aquella difícil misión, contestando: «Si existen, es preciso convenir que es con el más rigoroso incógnito.» Esta frase, que cayó en gracia, contribuyó á aumentar el número de los dichos agudos de que era objeto la cuestión, y riéndose el mundo de las formas aprendía á reírse también del fondo de ella.

Cuando treinta y ocho obispos reunidos en París decidieron sobre la cuestión de hecho, y declararon que el papa había condenado las cinco proposiciones como procedentes de Jansenio, y cuando el papa confirmó esta resolución (1654), los jansenistas, que no tenían duda sobre la autoridad del pontífice, hubieran debido considerar la dificultad como resuelta; pero no fué así, y recurrieron á una arma empleada con frecuencia por ellos, es decir, que se dedicaron á explicar las intenciones del Santo Padre, ó que debía haber tenido.

Dícese que el jansenismo era un calvinismo templado. En efecto, Calvinó había escrito: «Los mandamientos de Dios son siempre superiores á los es-

fuerzos de los justos.» Jansenio modificaba este pensamiento diciendo que: «ciertos mandamientos son, en ciertos momentos, innaccesibles á cualquier esfuerzo del justo, si la gracia no los hace practicables.» El principio se hallaba dulcificado, pero la consecuencia era la misma; á saber, que el hombre no es dueño de no pecar, y que hay almas predestinadas á la perdición. Esto era calumniar á la humanidad, haciéndola más perversa de lo que es. Después se presentaba la necesidad de remedios extraordinarios; y en su consecuencia, los sacramentos no se negaban, sino se ensalzaban de modo que llegaban á ser inaccesibles. Esta exageración de la moral y de sus prescripciones demostró que lo mejor es con frecuencia el mayor enemigo del bien: en efecto, por una nueva táctica se volvían contra el hombre sus mismas virtudes, perdiéndose por el deseo de la demasiada perfección. Cuando el bien se hallaba colocado tan alto que el hombre no podía alcanzarle, un abismo se abría entre Dios y él, que se encontraba condenado á elegir entre la desesperación y la incredulidad. Véase pues, una iglesia severa en esceso: los sacramentos son en ella más bien la recompensa que el medio de la perfección cristiana; la naturaleza se encuentra, por decirlo así, mutilada, pues se sofoca el corazón y la imaginación, es decir, la facultad de sentir lo bello y disfrutar del bien, sin dejarle más que una razón curiosa, difícil, obstinada, un talento indócil y censor.

Encontróse entonces dividida la Francia en dos campos, el uno que desesperaba de la bondad de Dios, y el otro que insultaba su justicia y su amor.

**Saint-Cyran, 1581-1643.**—Duvergier de Hauranne, de quien hemos dicho que había estudiado con Jansenio, hombre enérgico como un nuevo terreno que produce espinas, unía á las intenciones rectas y á las costumbres irreprochables de Jansenio la habilidad de la práctica. Abad de Saint-Cyran, en el Berry, aplicaba sobre todo estas teorías al sacramento de la Penitencia, enseñando que toda la vida cristiana consistía en humillarse, sufrir y depender de Dios. Cuando Dios quiere convertir un pecador, comienza por obrar sobre él interiormente; entonces el culpable se arrepiente de sus pecados y hace penitencia de ellos. El confesor no debe, pues, más que secundar la obra de gracia. Como con arreglo á este sistema, aguardaba siempre la disposición interior en sí mismo y en los demás, obtenía admirables efectos. Obrando con firmeza pero manteniéndose oculto, irritó á Richelieu no aceptando los honores que quería concederle y favoreciendo una opinión teológica diferente de la que había manifestado el cardenal concerniente al dolor de atrición. Se concilió, por el contrario, á los obispos enseñando en el *Petrus Aurelius* (1631) la necesidad de reformar la disciplina eclesiástica contra los frailes y los jesuitas. Según él, la Iglesia es una aristocracia bajo la dirección de los obispos á quienes se acercaban mucho los curas; y de esta manera se separaba de

la iglesia galicana, queriendo que la elección de los obispos perteneciese á los sacerdotes. «Deploraba la herida hecha á la iglesia de Francia por el concordato entre Leon X y Francisco I, arrebatándole el derecho de elegirse pastores tales como deseaba, y notaba que desde entonces ningún obispo de Francia había sido reconocido como santo.» (8)

El carácter de director espiritual le había hecho adquirir gran influencia sobre personas de elevada categoría y gran inteligencia, porque evitando toda otra idea, no transigiendo nunca, hacia conocer su preponderancia sobre los ánimos que se confiaban á él. Se abstenia de aquella ambición secreta que inclina á querer dominar sobre las almas, ambición más peligrosa que la de los reyes, que se apropian los bienes y los cuerpos. «Por grandes que sean los hombres que nos dirigen, decía, la luz no puede proceder sino de Dios. El hombre ha pecado y su mancha no puede lavarse sino por Jesucristo. Todo lo que se dirige á este objeto es saludable, fácil, santificador; lo demás es falaz y malo. Esta era la doctrina, ésta la regla práctica de aquel reformador, que á la rigidez de los metodistas unía una fe profunda en los sacramentos, sobre todo en la Penitencia y en la Eucaristía. Por lo demás, ninguna exageración puede manifestar exteriormente un sentimiento que no existe interior; humildad, no tanta para creerse incapaz hasta de las grandes acciones como para conocerse pecador é inhábil, cumplirlas de otra manera que por Dios; aguardar en su consecuencia las órdenes del Altísimo en la gracia y en el seno de la oración. La humildad es como la sombra que no se alcanza por mucho que se corra. El justo, después de haberse despojado de todos los deseos y bienes temporales de la tierra, los posee con más excelencia en los de la gracia que le son conferidos por Dios: ahora bien, la gracia puede definirse, que es un imperio y una soberanía sobre todas las cosas del mundo. Semejante idea procura toda la gloria permitida a la humilde pobreza cristiana.

Aun en sus escritos, el abad de Saint-Cyran quería que el hombre se considerase como mero instrumento de Dios, semejante al niño que es conducido de la mano por el maestro, y del que no se exige más que docilidad y dejarse guiar. Decía que tres clases de libros están escritos para edificar á la Iglesia y á los fieles: las Sagradas Escrituras, los concilios y los Padres; en fin, las obras de los hombres de Dios que han manifestado su corazón al componerlas. Con respecto á las demás, por santo que sea su asunto, contienen algo de judaísmo en el cuerpo y de paganismo en su espíritu (9). No leía por lo demás ningún libro herético antes

(8) *Memorias de Lancelot*, t. II, pág. 105.

(9) La obra más fácil de procurarse entre las que se han publicado contra el jansenismo, es la *Historia del cristianismo*, por Berault-Bercastel, la que recomendamos á los

de haberlo exorcizado, y escribía á Arnauld de Andilly: «Vuestros discursos y vuestras consideraciones de académico no convienen á la elocuencia de las ideas, de las acciones, de las emociones que procura la verdad divina á aquel que la conoce y la ama.» No lisonjeaba, pues, á los grandes del mundo, á los poderosos ni á los literatos; tenía bastante fuerza en sí para no buscar la ajena. Por esta razón, en la prisión en que estaba encerrado por orden de Richelieu, escribía á una dama que vendiese una parte de sus libros para comprar vestidos al barón y á la baronesa de Beausoleil, presos como él: «Os ruego, decía, elijais hermosas y buenas telas como corresponden á su categoría. Mejor que yo sabeis lo que conviene. Pero si recuerdo bien, alguien me ha dicho, que los señores y señoras de esta clase no pueden presentarse en sociedad sin bordados de oro ellos y de seda negra ellas. Si no estoy equivocado, comprad lo mejor que haya, sin escuderos, sin embargo, de los límites de una honrada modestia. Haced de manera que todo sea bueno con el objeto de que al verse uno á otro puedan al menos olvidar por algunos minutos que están presos.» Tanta delicadeza es rara en un carácter tan fuerte.

**Port-Royal.**—Refiérese que habiéndose estraviado Felipe Augusto en una cacería á seis leguas á los alrededores de París y hacia el Oeste, en un punto que, por aquella circunstancia recibió el nombre de Port-Royal, Eudes de Sully, obispo de París en el siglo xiii, fundó allí una abadía de religiosas de la orden del Cister, que abandonando pronto el rigor primitivo de la orden, adoptaron una disciplina muy relajada. Se procuraban todas las distracciones posibles, cuando Antonio Arnauld (1560-1619), célebre abogado y gran enemigo de los jesuitas, hizo nombrar abadesa á una hija suya, de edad de diez años. Había colocado á otra de cinco y medio en la abadía de Saint-Cyran, con la misma dignidad, mediante dispensas obtenidas de Roma, ocultando la edad y las circunstancias. La una fué conocida con el nombre de sor Angélica, y la otra con el de sor Inés.

La primera, que había abrazado un estado contra su voluntad, se entregaba á todas las diversiones que le permitía la relajación de la disciplina; esperando el momento de abandonarla enteramente; pero su padre, hombre severo, que la había destinado al claustro, como también á todas sus hermanas, la hizo pronunciar sus votos. En fin, venció la gracia; y habiéndose doblegado la abadesa de Port-Royal á un género de vida muy austera, resucitó las leyes del claustro escluyendo del monasterio hasta su admirado padre. «¡Cuántas

que quieran formarse un juicio más exacto sobre esta secta ó partido. El autor llega hasta afirmar que, «Las obras de Saint-Cyran son un conjunto de necedades... y tienen el sello de la tontería y del ridículo... Lo ridículo es hasta tal grado, que él sólo basta por antidoto.»

veces, dice, no he deseado huir á cien leguas, no ver á mi padre, á mi madre, á mis parientes por amor que les haya tenido y vivir separada de todo lo que no era Dios, desconocida de los hombres, humilde, oculta, sin más testigo que el ojo del Criador, sin otro deseo que agradarle!»

Una vez santificada, la madre Angélica corrigió á las demás religiosas una por una, sin discutir demasiado, sin más que el ejemplo y la paciencia. Animada por Francisco de Sales, fué á reformar el convento de Maubuisson (10), donde opuso su existencia, llena de rigores y humillaciones, á las disipaciones de las locas vírgenes, sin mostrarse ni intimidada ni irritada de la oposición que encontró allí, aun á mano armada. Viendo además que á varias doncellas se les había negado la entrada en aquel monasterio, porque carecían de fortuna, las llevó consigo á Port-Royal, donde volvió á vivir en la pobreza y pureza, según las inspiraciones del bienaventurado Francisco de Sales (11).

(10) La madre Angélica nos hace una singular descripción de la relajación de las hermanas de Maubuisson. Suprimiremos las cosas demasiado graves: «No sabían si quiera confesarse, pero se presentaban á hacerlo con un religioso bernardino que les servía de confesor, y que en efecto no tenía en vano el nombre de tal, pues él era siempre el que decía su confesión, y les nombraba lo que quería que dijese, aunque tal vez no lo hubiesen hecho. Todo lo que podía conseguir era resolverlas á decir *si ó no*, con lo cual les daba la absolución sin más averiguación. Pero en fin, habiéndose cansado de las reprensiones que este padre les hacía por su ignorancia, creyeron haber encontrado un excelente método para confesarse: éste era componer todas juntas con mucho estudio tres clases de confesiones, una para las grandes fiestas, otra para los domingos y la tercera para los días de trabajo, las cuales, que se encontraban escritas en un libro, se las prestaban unas á otras: lo que podían hacer siempre con facilidad pues no repetían más que la misma cosa.

«Todo lo demás iba del mismo modo... Pasaban todo el tiempo fuera del oficio, distrayéndose de cuantas maneras podían... representando comedias para divertir á las personas que iban á verlas.

«Varias de ellas tenían jardines particulares donde había cenadores para merendar; y lo que prueba más que nada, que el desarrollo de aquella casa no era personal sino una costumbre establecida ya, es que los días de verano que hacía buen tiempo, después de haber dicho vísperas y completas, lo más de prisa que podían, la priora llevaba todo el convento fuera de la abadía, cerca de los estanques que están en el camino de Paris, donde con frecuencia los frailes de San Martín de Pontoise, que están próximos, iban á bailar con aquellas religiosas, y esto con la misma libertad con que se puede hacer la cosa más sencilla.»

(11) El cardenal Arrigone escribió, por orden del papa á san Francisco de Sales para consultarle con respecto á las cuestiones jansenistas. El santo que había escrito ya, no podréis creer cuán bellas son las verdades de nuestra fe para el que las considera con un ánimo tranquilo, esquivó el dilema teológico contestando que encontraba en una y otra parte dificultades que le asustaban y que valía mejor hacer buen uso de la gracia, que convertirla en motivo de debates siempre perjudiciales á la caridad.

Habiéndose aumentado el número de las monjas, algunas de las solitarias fueron trasladadas desde su convento estrecho y malsano á otro de Paris (1625), que recibió también el nombre de Port-Royal, y donde fueron sometidas al arzobispo. El abad de Saint-Cyran, que tuvo entonces entrada en su convento, las inició en su gran secreto, según sus máximas, y guió su piedad con prudentes reglas. Antonio Le-Maistre, consejero de Estado y sobrino de la madre Angélica, á quien sus triunfos en el foro habían hecho célebre hasta el grado de quedar desiertas las iglesias los días en que debía predicar (12), renunció á la edad de veinte y siete años á esta brillante carrera (1625), para retirarse á una pequeña casa cerca del antiguo Port-Royal, donde fué el primer solitario. Su *locura* escitó en el mundo un escándalo que el nuevo convertido desafió, sostenido, como lo estaba, por la noble unión de los sentimientos de la naturaleza y de la religión. Uniéronse con el tiempo Isaac de Sacy, su hermano segundo, que había adoptado ya el traje eclesiástico; y otro hermano, Simon de Sericourt, dejó el oficio de las armas para reunirse á ellos, y vivir en Port-Royal, en la penitencia. Pronto nuevos solitarios fueron á establecerse en aquellos lugares; y el ardor que renacía hacia los sentimientos religiosos, hizo que multitud de personas de categoría poblaran los alrededores de las casas de campo y castillos. Dotado el abad de Saint-Cyran del mérito raro de discernir y preparar en los demás las vocaciones, los talentos, los dones que llamaba designios de Dios, quería que cada uno, además del estudio, se dedicase á un oficio. En su consecuencia, los unos se ocuparon en extender el conocimiento demasiado descuidado de la Sagrada Escritura, y los demás en componer para la enseñanza libros que han permanecido siendo de un precio estimable; los más débiles y las mujeres se imponían la tarea de transcribir con cuidado las obras que no podían aun darse á la publicidad. Después salmodiaban con un corazón alegre y penitente, oponiendo de esta manera en su soledad un extraño contraste con la vida disoluta de fuera.

Este era el campo en que se sembró la doctrina de Jansenio. Ahora bien, se pretendió que el obispo de Iprés, Duvergier, Arnauld y otros más se habían citado en Bourgfontaine, y que allí habían convenido en su plan de guerra; es decir, en destruir el cristianismo por cuatro medios: el primero haciendo la práctica de los Sacramentos tan grave y tan temible, que los fieles se viesan obligados en cierta manera á alejarse de ellos; el segundo, ensalzando el poder de la gracia hasta el punto de abandonarlo todo á ella, declarando que era irresistible, y que Jesucristo no ha adquirido con su muerte la gracia para todos, que es necesaria para

(12) Maistre hubiera tenido la reputación de Hortensio si no hubiese hecho imprimirlos. TALLEMANT DES REAUX.

observar la ley; el tercero, difamando á los directores de las conciencias que se opusiesen á aquella doctrina; el cuarto, en fin, atacando al jefe visible de la Iglesia, y restringiendo su infalibilidad á las asambleas ecuménicas, con objeto de poder siempre apelar á ellas en caso de anatema.

Crea quien quiera semejante acuerdo; los puntos de ataque señalados son de todos modos los que parecieron resultar de la conducta de los jansenistas. A Richelieu no podía agradar semejante unión, indispuesto como lo estaba ya con el abad de Saint-Cyran, de quien el capuchino José decía: «Es un fanático que trasforma en dogmas y en oráculos los ardientes vapores que le suben desde el estómago á la cabeza.» El cardenal le hizo, pues, poner preso, y le despojó de sus más secretos papeles, en los que no se avergonzó de hacer un registro, y manifestaban con qué actividad se empleaba en la dirección de las almas. Como recomendaba el secreto, sacaron en consecuencia que alimentaba ocultos designios; pero hasta el odio de sus enemigos no pudo descubrir en él nada criminal. Conmovióse París con aquel acto arbitrario, aun cuando tenía la costumbre de ellos. Elevados personajes interpusieron su valimiento, y principalmente Roberto Arnauld de Andilly, hermano de la madre Angélica. Richelieu le contestó: «Si se hubiese puesto preso á Lutero y á Calvino, la Francia y la Alemania no hubieran derramado torrentes de sangre, por espacio de medio siglo;» y dijo á un príncipe que le hablaba en favor del abad de Saint-Cyran: *Es más peligroso que seis ejércitos*. Detúvole en su consecuencia prisionero Richelieu en una fortaleza, durante los cinco años que aun vivió; pero apenas murió, cuando la regente Ana de Austria devolvió la libertad al prisionero (1643), y el abad de Saint-Cyran consagró el resto de su vida, además de á la dirección de las almas, á escribir contra Calvino. Murió de repente y se conservaron sus restos como sagrados. Refiriéronse milagros que se habían verificado en su sepulcro, el cual los solitarios de Port-Royal y el pueblo tributaban una especie de veneración, lo cual era para sus adversarios un objeto de escándalo.

Entre las conquistas del abad de Saint-Cyran, la más notable fué la de Antonio Arnauld, literato de gran reputación, que se hizo sacerdote y doctor. Su madre le había dicho al morir: «Se debe sostener la verdad, aun á precio de mil vidas;» y su director: «Es preciso ir á donde Dios conduce, y no hacer nada con indiferencia.» Escitado por este recuerdo y por este consejo, batalló hasta la edad de ochenta años con un ardor que le arrastró hasta más allá de los límites.

Una señora que el abad de Saint-Cyran dirigía, no habiendo querido ir al baile el día en que había comulgado, un jesuita aprovechó la ocasión de predicar, con la exageración que produce el deseo de contradecir, máximas de fácil devoción. Arnauld lanzó contra estas máximas el libro de la *Frecuente comunión* (1643), en el que, empleando un

método geométrico, anuncia desde luego la proposición acriminada, después la refuta con ayuda de razones y autoridades. Fué el primer escrito de teología, en que se hizo notar sin aparato una deducción juiciosa que contrastaba con las sutilezas entonces en boga. Este libro daba eficazmente, bajo el aspecto práctico, un gran apoyo á las severas máximas de Jansenio; divulgaba la doctrina renovada de la penitencia y la rígida piedad, tal como había sido enseñada secretamente en Port-Royal, y las personas de la sociedad elevada pudieron también oírle en aquel estilo claro y nervioso. Resultó, pues, un diluvio de escritos en pro y en contra que produjeron el inconveniente ordinario á las discusiones, de arrastrar á los dos partidos á la exageración.

**Probabilismo.**—Los jesuitas pasaban por facilitar el camino del paraíso alfombrándole de terciopelo, prestándose á las debilidades de la naturaleza humana, poniendo cogines bajo los codos de los pecadores, y sujetándose al *probabilismo*. Se llama opinión probable la que sin tener la fuerza y el carácter de la certidumbre, determina, sin embargo, á la imaginación á creer que una acción es prohibida ó permitida: ahora bien, el sentido común basta para demostrar que el hombre honrado debe vacilar mucho antes de decidirse entre dos opiniones, ambas apoyadas en razones. El franciscano español Antonio de Córdoba escribía en 1571: «El parecer unánime de los teólogos es, que se debe adoptar siempre la opinión más segura, aun cuando la contraria sea otro tanto probable y mucho más cuanto más probable sea.» Pero en 1577, el dominico Bartolomé de Medina fué el primero que estableció que, «se puede, con toda seguridad de conciencia, preferir la opinión menos probable á la más probable.» Sostenida esta máxima en 1584 por el dominico Hañez, confesor de santa Teresa, fué adoptada por tantos teólogos, que Salonio, de la orden de los Agustinos, se espresaba de esta manera en 1592: «El parecer de los que piensan que se puede, con toda seguridad de conciencia, preferir entre dos opiniones probables la menos probable, es el de varios insignes teólogos, principalmente de la escuela de santo Tomás.» Seis años después, el jesuita Vazquez profesaba públicamente esta doctrina llamada del *probabilismo*, que fué imputada á los jesuitas porque muchos de sus teólogos la sostuvieron. No había nacido, sin embargo, entre ellos, como se ve; y lejos de llegar á ser común á sus escuelas, encontró en ellas grandes opositores. Los jesuitas Corintilo y Rebello la combatieron en 1608 y 1609, y fué el general de la orden Tirso Gonzalez, quien publicó en 1694 la más enérgica obra contra semejante sistema.

Sin embargo, el *probabilismo* no debe concernir sino á las opiniones sobre las cuales la Iglesia no se ha decidido aun: y en este caso no tiene nada que hacer con lo que directamente corresponde á la moral ó á los preceptos divinos y eclesiásticos; sino que se dedica únicamente á las opiniones

apoyadas en graves autoridades. En su consecuencia, los que adoptaban aquel sistema, declaraban que no se podría considerar una opinión como «probable desde el momento en que es contraria á las palabras de la Escritura, á las decisiones de la Iglesia y al parecer más comun de los Padres.» La voluntad humana es libre hasta el punto en que Dios no la ha limitado por la ley; donde la ley falta el hombre puede obrar. Cuando hay una ley, un caso determinado, es preciso conformarse con ella por deber; pero una ley incierta no puede arrebatarnos la libertad, en atención á que una ley dudosa es nula. En estos límites se ve cómo pudieron adherirse á esta doctrina, eminentes teólogos como Bellarmino, Aguirre, Pallavicino y otros. Pero, para emplear las expresiones de Bossuet, «sacerdotes, frailes de toda orden y de todo color, no pudiendo estirpar los desórdenes que se aumentaban en el mundo, adoptaron el mal partido de escusarlos ó disfrazarlos, creyendo hacer un gran servicio á Dios ganando almas con una falsa dulzura.» (13) Habiendo llegado la doctrina del *probabilismo* á afirmar que un solo escritor bastaba para hacer probable una opinión, resultó la turba de casuistas que sostuvieron decisiones tan extravagantes, que no era posible siquiera conciliarlas con el cristianismo. Estaban, sin embargo, animados de excelentes intenciones, y se manifestaban verdaderos modelos de pureza. Su práctica no conviene, por lo demás, sino á los particulares, habiendo condenado la Iglesia al que dijese que se puede seguir una opinión probable, con tal que no deje de serlo y esté sostenida por un escritor, aun cuando sea moderno.

Mientras que se clamaba contra la Iglesia por intolerante, clamaron también contra los jesuitas por tolerantes; y al mismo tiempo que se encontraba tiranía en reprobos los teatros y los bailes, los que los escusaban eran acusados de relajación.

Arnauld se declaraba, pues, contra los jesuitas, á quienes se atribuían principalmente aquellas condescendencias, queriendo que la conversión fuese interior antes de manifestarse exteriormente el verdadero arrepentimiento, y la contrición precediese á la absolución; en fin, que se practicase la penitencia antes de acercarse á la santa mesa y se apoyaba principalmente respecto á esto en san Carlos Borromeo. Su libro leído por la alta sociedad y por las mujeres, produjo admirables efectos. En cambio, la oposición fué de las más vivas. Los pulpitos fulminaron, y hubo un diluvio de escritos é invectivas. Se apoderaron de algunas frases aisladas para censurarlas; Arnauld tuvo que ocultarse y defenderse toda su vida de los lazos que le tendían. Pero Roma no le condenó, y los mismos confesores, sin creerlo, usaron más prudente rigor en las absoluciones, sin llegar hasta el exceso á que se dirigía Arnauld (14).

(13) Memorias de Luis XIV, para la asamblea de 1700.  
(14) Bossuet caracterizaba de esta manera á ambos

Este libro hizo aun que muchas personas de la alta sociedad, acostumbradas á las intrigas, al duelo, «á las diversiones de talento y galantes,» se retirasen á aquella piadosa sociedad de Port-Royal pura meditar, trabajar, arrepentirse, sin renunciar, sin embargo, á sus antiguas costumbres. Así fué, que cuando las turbulencias de la Fronda les arrebataron toda seguridad, se les vió montar á caballo, empuñar la espada y fortificar los alrededores de Port-Royal, con el duque de Luynes á su cabeza; aunque consultando De-Sacy sobre la cuestión de saber si se podía disparar contra los sitiadores, contestaron que no se cargase más que con pólvora (15).

Citaremos entre aquellos solitarios á Claudio Lancelot, distinguido literato; á Antonio Singlin, que obtuvo después la dirección espiritual; á Nicolás Fontaine, que escribió las memorias de Port-Royal con sus sencillos detalles, difundidos por Froissart en la descripción de la vida de los castellanos. La familia de Arnauld, compuesta de veinte individuos, de los cuales seis hermanas habían toniado el velo, dos hermanos y varios sobrinos permanecían entre los solitarios y eran siempre el núcleo de aquella asociación (16). Al saber la madre de estos últimos que su hijo menor había sido muerto en el sitio de Verdun, dió gracias á Dios de haberle preservado de perecer en un singular combate como continuamente se

partidos, en su oración fúnebre de Cornet. «Dos peligrosas enfermedades han afligido en nuestros días el cuerpo de la Iglesia; se ha apoderado de algunos doctores una despreciable é inhumana complacencia, una piedad asesina que les ha hecho poner cojines bajo los codos de los pecadores, buscar cubiertas á sus pasiones... Algunos otros, no menos estremados, han cautivado su conciencia con rigores muy injustos; no pueden soportar ninguna debilidad... Destruyen con otro exceso el espíritu de piedad, encuentran en todas partes nuevos crímenes, y aniquilan la debilidad humana añadiéndola el yugo que Dios nos impone. ¿Quién no conoce que este rigor aumenta la presunción, alimenta el desden, sostiene un gran pesar y un talento de fastuosa singularidad, hace aparecer la virtud demasiado pesada, el Evangelio excesivo y el cristianismo imposible?»

(15) La madre Angélica decía en una carta escrita con respecto á esto: «Bendigo á Dios de que se hayan concluido las torres, y le suplico que lleguen á ser el refugio de los pobres evangélicos. Si quisiera el señor duque me alegraría de que se dedicasen, la primera al Santísimo Sacramento, la segunda á la Santísima Virgen, la tercera á san José... la sexta á san Pedro y san Pablo, la octava á san Luis... si Dios inspira otras advocaciones al señor de Luynes también las amaré. Tan pronto como se concluyan, me parece que el señor De-Sacy debía bendecirlas. Estando cubiertas como creo, me parece que sería bueno que hubiese una cruz en lo alto del pabellón, para asustar á los demonios visibles é invisibles.»

(16) Entre las argucias con que se razonó aquella cuestión: la siguiente genealogía no es de muy mal gusto: *Paulus genuit Augustinum; Augustinus, Calvinum; Calvinus, Jansenium; Jansenius, Sancyranum, Arnoldum et fratres eius.*

temia en una época en que los duelos eran tan frecuentes, y á los que podían ser comprometidos hasta los más pacíficos por la deplorable costumbre de los *segundos*; después de su lecho de muerte, donde era asistida por el que llamaron el Gran Arnauld, y tenía por confesor á Sacy, su hijo, exclamaba: *¡Dios mío! ¿cómo he merecido tener á semejante hijo?* Roberto de Andilly, hijo mayor del abogado Arnauld, personaje importante en la corte y adornado de los círculos, de quien Balzac decía: «No se avergüenza de las virtudes cristianas, ni se envanece de las morales,» fué á habitar á Port-Royal, donde permaneció como patriarca.

Había escrito sus Memorias, testimonio elocuente de las costumbres civilizadas de entonces; puede casi decirse de corte, costumbres cuya tradición conservó entre los solitarios, mezclando algunas flores á los frutos con una gracia frugal y sólida; ocupándose en desecar aquellos pantanos, en embellecer los jardines, obtener raros ingertos que Racine alababa en sus versos, y cuyos productos se vendían en provecho de los pobres, después que las primicias se ofrecían á la corte y á los grandes para apaciguar ó prevenir las malas disposiciones. Sus relaciones hacían favorable este retiro, objeto de las celosas envidias, al círculo literario del palacio de Rambouillet, y atraían allí las visitas de la alta sociedad. Se dirigían á él para obtener su parecer sobre la lengua, en atención á que se había ejercitado, sobre todo en las traducciones.

Isaac Luis De-Sacy, hermano segundo de Antonio Le-Maistre, director y confesor, tan sabio como los demás solitarios y más prudente que ellos, de un carácter firme pero sin arrebatos, dió todo su patrimonio á Port-Royal, sin reservarse más que una mediana pensión que distribuía á los pobres. Era un hombre de opiniones fijas, enemigo de las discusiones: el remedio general que sugería á aquellos cuya conciencia dirigía era leer y meditar la Sagrada Escritura. «Todo le servía para llegar de pronto á Dios y hacer llegar á los demás.» Cierta número de solitarios se dedicaban á la enseñanza, buscando, en las pequeñas escuelas que habían establecido, separar tanto como fuera posible las dificultades, y en suprimir lo que hubiese de árido en los métodos de la época. Pusieron en verso, con gran trabajo, la gramática, la prosodia, la geografía, las raíces griegas, las más rebeldes materias, con objeto de ayudar á la memoria y evitar el esfuerzo; después compusieron una lógica, que ha permanecido siendo una de las mejores, y no hay necesidad de decir que rechazaban todo rigor corporal (17). Otros escribían libros de oraciones, en los que abandonaban las formas anticuadas.

De esta manera es como aquellos piadosos hombres asociaban la cultura del Liceo y las austeri-

(17) De la educación é instrucción de Port-Royal da un largo informe SAINT-BEUVE, v. III, pág. 400 y siguientes.

dades de la Tebaida. Renunciando á la gloria se complacieron en las obras anónimas, ayudándose unos á otros sin envidia, según las doctrinas del abad de Saint-Cyran, que «no quería que se perdiese tanto tiempo en sutilizar sobre las palabras, y pesarlas en la balanza como el avaro, porque nada disminuye más el movimiento del Espíritu-Santo que debemos seguir.» Añadía, «que aquella gran propiedad de palabras convenía más bien á académicos que á defensores de la verdad, siendo suficiente el que no hubiese en el estilo nada que chocase.» (18) Jansenio señalaba también entre los efectos de la caída original, como origen de los demás vicios, la concupiscencia, que dividía en tres especies: la pasión de los sentidos, la del saber y la del predominio (19). Ahora bien, según él, por esta sed de saber por saber, que no se refería al objeto único y supremo era por lo que pecaban los doctos, los que estudiaban cuidadosamente la naturaleza y los que se dirigían á lo bello para su complacencia.

Conformándose á aquellas doctrinas, los solitarios de Port-Royal buscaban principalmente la autoridad moral. No tenían la prolijidad; el mismo Arnauld, lleno de ingenuidad y ardor, no se muestra nunca escritor en los cuarenta y dos tomos que ha dejado, y sacrifica el colorido á la exactitud, por lo que cautiva y convence, pero no afecta.

No era posible que semejante reunión de hombres distinguidos dejasen de causar recelos. Se murmuraba contra «aquellas cuarenta buenas plumas cortadas por manos del mismo maestro.» Se pretendía que sus doctrinas eran herejes, que no querían santos ni reliquias, Virgen ni agua bendita; que predicaban una religión de terror, á los ojos de la

(18) *Libido sentiendi, sciendi, excellendi*, VIII, t. II, *De statu natura lapsa*.

(19) El jansenista de Andilly compuso los versos siguientes con respecto á este asunto:

*Ceux qui du seul éclat des vérités chrétiennes  
Repaisent leur esprit sans passer plus avant,  
Et, quittant la vertu pour embrasser du vent,  
Ont les discours chrétiens et les âmes païennes,  
Ressemblent à celui qui, parmi les clartés,  
Verrait distinctement les plus rares beautés,  
Et remplirait ses yeux d'une image brillante;  
Mais qui, manquant d'un cœur qui le put animer,  
Serait comme un miroir, dont la glace luisante  
Recevrait les objets sans les pouvoir aimer.*

«Los que alimentan su talento con el solo brillo de las verdades cristianas sin pasar más adelante, y abandonando la virtud para abrazar el viento, tienen discursos cristianos y almas paganas; se asemejan á aquel que viera con toda distinción entre las claridades, las más raras bellezas, y llenase su vista con una imagen brillante; pero que careciendo de un corazón que pudiese animarlos, fuese como un espejo, cuya luciente luna recibiese los objetos sin poder amarlos.»